

## INTRODUCCIÓN

*José Luis Valdés-Ugalde*

Este libro nace de una preocupación compartida por muchos en la academia mexicana acerca del destino e influencia histórica que tendrá la presidencia de Donald Trump. Dado el poder actual de Estados Unidos, que aunque se encuentra en un proceso de declive relativo todavía es un actor global relativamente dominante, el impacto de la presidencia de Trump en los frentes económico, político y social ha sido muy importante. De aquí la relevancia de reunir en un libro, un conjunto de estudios de destacados académicos y analistas de diversas disciplinas, acerca de los aspectos y repercusiones multidimensionales y regionales de la política de Estados Unidos durante el periodo presidencial de Trump. Todo lo anterior nos llevó a abordar diversas temáticas, tales como el declive de Estados Unidos al interior del cambiante escenario global, el ascenso de los gobiernos populistas, el aislacionismo y las condiciones en que se encuentra el acuerdo comercial entre México y Estados Unidos, el cambio climático, la concentración de la riqueza y el aumento de la pobreza, la política exterior estadounidense, la crisis de la democracia en ese país y, finalmente, la presencia de otros actores, como China y la Unión Europea, quienes disputan con Estados Unidos la alternancia por la hegemonía global.

El análisis de este tema se enmarca en una compleja situación internacional que parece tener a la superpotencia estadounidense en el medio de un laberinto programático para poder organizar una política exterior a la que no se le ven, hasta ahora, ni pies ni cabeza. Quizá, sobre todo debido al entramado de intereses que ocurre en esta lucha por el poder global que ha redefinido el mapa geopolítico del mundo, se observa la ausencia de reacción rápida por parte de Washington, que no parece saber cómo encontrar su papel en las dinámicas del mundo actual. Con Donald Trump, el Centro Racional de Decisiones se ha convertido en un músculo atrofiado. En un ente silenciado,

como lo afirman Halper y Clarke (2007). De aquí la complejidad e importancia que encierra explorar la visión de sí mismo que tiene Washington, más aún en esta complicada y oscura temporada política que el *trumpismo* ha impuesto a Estados Unidos y al mundo. Pareciera que la Unión Americana se ha acostumbrado —tanto en el plano interno como en el externo— a mantenerse como una potencia *ad eternum*, sin competencia o problemática alguna que se lo impida. Hoy en día este aspecto de su hegemonía se da por sentado, ignorándose las condiciones objetivas que han contribuido a deteriorar el poder absoluto de Washington.

Las primeras acciones de poder que Estados Unidos ejerció en el sistema internacional en el siglo XIX estuvieron acompañadas de una narrativa “excepcionalista” que lo llevaron a imponer un “orden moral” y un conjunto de reglas del juego cuya tendencia fue, prácticamente sin distinción, la de construir un orden sistémico global a su imagen y semejanza, con un discurso cargado de un fuerte contenido mesiánico y moralista. Con el tiempo, esa tendencia a la unicidad estadounidense (muchas de las veces *unicidad autoritaria*, otras *unicidad benigna*), fue alterada y confrontada por el conjunto de variaciones del sistema global, y más en particular, por las ya mencionadas en el año uno del siglo en que vivimos.

Ante los cambios ocurridos desde entonces, y sobre todo a partir del fiasco de Irak, hemos visto a una potencia más bien torpe y sin rumbo racional fijo. Además de proponer una discusión sobre las reformas pendientes a la arquitectura institucional que tiene hoy la gran potencia (en la actualidad acompañada por otras que, aunque de menor rango y calidad, tienen un peso considerable en el sistema internacional), buscamos en este libro contribuir al debate sobre la pérdida relativa de poder de Estados Unidos y acerca de sus enfoques en los diversos temas críticos que están en todos los foros de la agenda internacional y de los cuales Estados Unidos lamentablemente ha decidido ausentarse. Por lo tanto, se trata de poner a consideración su capacidad para adaptarse a las nuevas realidades de este inédito y desafiante momento del sistema internacional. En consecuencia, alrededor del problema del poder discutimos las que consideramos son las temáticas obligadas.

En el marco de este estudio multitemático, los hechos del presente nos llevan a responder con cautela ante las diferentes posiciones sobre el declive de Estados Unidos. ¿Se trata de un declive absoluto o relativo? Como en todos los ciclos históricos, más aún en el caso de los que ahora confronta un

actor internacional con una cuota de poder formidable, extraordinaria y nunca antes conocida desde Roma, no es concebible que la caída total de la fuerza e influencia de Estados Unidos tenga lugar en el corto plazo.

Empero, el proceso que pudiera conducir a su pérdida de poder absoluto, y que es objeto de análisis en este esfuerzo colectivo, es todavía incierto. Tanto en lo que se refiere a su momento y a sus características como en lo concerniente a los movimientos que realicen la potencia y sus acompañantes para contrarrestarlo o profundizarlo, su desarrollo será gradual y no podemos asegurar que tenga resultados inmediatos. Estados Unidos vive una crisis de poder inédita, que se produce en el seno mismo del contexto de la compleja relación entre sus políticas interna y externa, las cuales se tocan cada vez en forma más directa (éste es un imperativo teórico del realismo). No obstante, los indicadores económicos, militares, de innovación científica y tecnológica, de crecimiento sostenido, de infraestructura, entre otros, y aquéllos relacionados con los logros y avances relativos de su sistema político, hacen reflexionar en que aún no es el momento para pensar en una caída fatal de la influencia y del poder de Washington en los asuntos mundiales.

El 9/11 marcó “epocalmente” el nuevo siglo, que parecía que dejaba atrás algunos de los resabios de las antiguas crisis financieras y políticas. No fue así. El terrorismo impactó la estabilidad del Centro Racional de Decisiones en Washington, también la del mundo entero y, en consecuencia, la de sus aliados occidentales, quienes fueron testigos, no sin preocupación, de cómo el *hegemon imprescindible* acusaba una creciente pérdida de poder relativo en relación con el de sus aliados y contrincantes. Un vacío de poder desconocido hasta entonces se instalaba en el centro del orden mundial, al tiempo que una confusión latente se arraigaba en la agenda de los poderes globales, de Tokio a Berlín y Washington, pasando por Beijing y Moscú. Un largo periodo de confusión y falta de confianza dominó el estado de ánimo de la mayor parte de los actores definitorios del orden global. Este momento afectó para mal la interacción entre aliados y contrapartes, al mismo tiempo que se abría un complejo proceso identitario sobre el papel que la civilización occidental tendría que jugar frente a las nuevas realidades globales. Las alianzas de Occidente resintieron el juego de Estados Unidos, evidenciaron su ego herido y la alianza entró en crisis. Un hegemon herido devino en una democracia herida. La consecuencia de lo anterior en los sistemas de gobernanza locales y en el global fue trascendental debido a un doble efecto: el debilitamiento relativo

de la hegemonía estadounidense y la consecuente crisis de la gobernanza plena de la democracia liberal. Los extremismos de derecha irrumpieron en el juego democrático, y simultáneamente éste fue utilizado como chivo expiatorio de la regresión autoritaria. Justo aquí germinó el trumpismo.

El presente libro se ofrece en el contexto de una intensa lucha por el poder con signos de radicalismo extremo por parte de la extrema derecha, que ha intentado secuestrar la agenda política en Washington y ha provocado el repliegue de la política que el gobierno de Obama implementó, tanto en el plano interno como en el externo. Se trata de un conflicto ideológico en el que sectores importantes de la clase política, imbuidos por un nacionalismo ultramontano, insisten en que, para recuperarse del declive, Estados Unidos debe seguir cumpliendo con el destino excepcional que le dio origen a su poder internacional y asumir, por tanto, un perfil agresivo, ofensivo, intransigente frente a las posturas de otros actores de importancia, como China, Irán o Brasil. De ser la última alternativa estratégica de Washington para contrarrestar su declive, la diplomacia del “poder inteligente” pudiera estar convirtiéndose en una política parcialmente fallida, lo cual neutraliza las posibilidades de una recuperación estadounidense (y con ésta la de sus aliados europeos, principalmente) frente a los nuevos arreglos y reformas fundamentales que urgen al sistema internacional. El hecho de que surjan potencias con fuerza regional o mundial propiciará sin duda una ya muy previsible recomposición del poder global.

La presidencia de Trump ha impactado para mal en el estado del arte del poder hegemónico estadounidense. El aislacionismo promovido por el actual presidente ha agravado la percepción de debilidad relativa en la que Estados Unidos ha quedado situado por una política exterior ciega y torpe. Al respecto, Fareed Zakaria afirma que es impresionante la manera en que “Washington—desde una posición sin precedente— manejó erróneamente su hegemonía y abusó de su poder, perdiendo aliados y envalentonando enemigos. Bajo la administración de Trump, Estados Unidos parece haber perdido interés y, en efecto, fe, en las ideas y propósitos que animaron su presencia internacional por tres cuartos de siglo” (Zakaria, 2019: 10).

A continuación brindamos una descripción temática del libro, con comentarios a cada uno de sus capítulos. Comenzamos con el texto de mi autoría: “*Trumpismo* o de la historia como venganza. Un análisis sociopolítico”. El siglo XXI es testigo de que una derecha inmoral y también un populismo

conservador están impactando las débiles instituciones democráticas del mundo moderno. La historia quedó sitiada por un destino instaurado —para mal— por las acciones de una clase política que olvidó la ética democrática. Esa derecha y ese populismo multifacético tienen como propósito dismantlar el Estado administrativo y político que pervive bajo el sello de la democracia liberal. Son, por definición, extremistas y antidemocráticos, al tiempo que también son (paradoja incluida) producto del propio sistema democrático liberal, el cual pretenden liquidar, pero preservándose a sí mismos, en tanto nuevos poderes *de facto*. Esta derecha es retrógrada, misógina, machista, xenófoba, racista, soberanista, autoritaria e intolerante, rayando en el neofascismo. Es también antisistémica, pero sin proyecto institucional claro. Anuncia que no cumplirá nunca con los débiles acuerdos del pacto democrático. Rompe con las normas de la convivencia y amenaza, desde el chantaje, a los opositores. Es neofascista. No cree en la democracia representativa, se vale de ella y a partir de ella despliega su demagogia soberanista, que intenta cautivar y seducir a los sectores desprotegidos, no sólo porque éstos padecen la inmoralidad democrática de sus líderes, sino también por su enfermiza incontinencia emocional. El público al que se dirige esta facción ideológicamente ambulante está emocionalmente compungido, algo que es resultado de una invalidez político-emocional que lo ha corroído por décadas. Dicho público es un subproducto (semihuérfano) del fracaso relativo del proyecto democrático capitalista. Es aquí mismo que esta derecha se ha fortalecido y se erige como una fuerza nueva que convoca a los sectores más antidemocráticos del propio sistema político democrático. Por ello es que hoy en día, particularmente en el caso del trumpismo, se pone en entredicho su estatura política real frente a los desafíos democráticos que presenta el mundo contemporáneo.

En su contribución, titulada “El declive de Estados Unidos en la era de Trump: implicaciones para México y América Latina”, Cassio Luiselli Fernández analiza brevemente el *declive relativo* de Estados Unidos y, por lo tanto, inevitablemente lo hace en comparación con el ascenso de China, o más precisamente, de China y el este de Asia o, si se quiere, del Indopacífico, para incluir a India, nación que será, quizás al mediar el presente siglo, la tercera gran potencia. Si bien todo esto es cierto, resulta claro que actualmente China es el país que empieza a desafiar la hegemonía estadounidense tanto en los campos económico y comercial como en el militar. El autor también reflexiona acerca del concepto de “imperio en decadencia” y sobre cómo puede aplicarse

a Estados Unidos hoy día, particularmente ante el fenómeno de la presidencia de Donald Trump.

Es notable, pues, una clara pérdida del peso económico relativo y de la influencia estadounidenses, sobre todo en los últimos veinte años. Mientras que la economía de la Unión Americana representaba una cifra cercana al 40 por ciento del PIB global hacia 1960, cayó a un 28 por ciento para 1980; ascendió de nuevo en la era del presidente Clinton al 32 por ciento en el año 2000, en parte por la implosión de la URSS, pero a partir de ese momento se ha reducido sostenidamente, para significar apenas alrededor del 20 por ciento en la actualidad. Se trata de un descenso de casi el 100 por ciento. De hecho, medida en paridades de compra, la economía de Estados Unidos es ya, desde 2016, la segunda, por detrás de China. Es todavía el primer país inversionista del mundo, aunque no muy lejos está el gigante asiático, que es ya la primera nación del planeta en materia de comercio, visiblemente por encima de la Unión Americana. En consecuencia, no se puede dejar de mencionar la enorme acumulación de reservas de China, de cuatro billones (“trillones” por su acepción en inglés) de dólares, lo cual, por cierto, la convierte precisamente en el primer acreedor de Estados Unidos.

En el capítulo “Auge y ocaso del TLCAN en la agenda de desarrollo de México”, Juan Carlos Moreno Brid y Pablo Ruiz Nápoles estudian la evolución del Tratado de Libre Comercio de América del Norte desde la perspectiva de México, y procuran evaluar objetivamente sus resultados en las materias de crecimiento económico y empleo. El análisis nos permite comprobar que sí hubo ganadores y perdedores en el Tratado, es decir, que no fue un arreglo ganar-ganar, como se llegó a pensar; que el TLCAN no cumplió para México con los objetivos por los que se firmó; y, por último, que las circunstancias de su renegociación no fueron buenas, en absoluto, para el país.

Evaluar el TLCAN en lo que concierne a su impacto para México no es sencillo, ya que fue una medida que se tomó en el marco de un giro radical en la agenda de desarrollo del país para dejar atrás el modelo de industrialización liderado por el Estado. Si se toma la agenda neoliberal de manera integral, y como parte de ella al TLCAN, cabe concluir que ha fracasado en su intento de insertar a la economía mexicana en una senda de crecimiento elevado y sostenido. En México se ha abierto todavía más su rezago, su brecha, frente a Estados Unidos, en mediciones tales como su PIB per cápita, su productividad y otros indicadores de bienestar. Sin embargo, el Tratado sí fue instrumental

en convertir al país en una plataforma especial de exportación a la Unión Americana, lo que no se hubiese conseguido con la pura apertura unilateral.

Dicho esto, los autores señalan que este éxito en las exportaciones al que contribuyó de manera importante el TLCAN no trajo consigo el desarrollo económico y social que sus promotores auguraban en los años noventa del siglo XX. La economía mexicana, a pesar de su auge exportador, está entrampada en una senda de muy bajo crecimiento, con aguda desigualdad, altos niveles de pobreza y ausencia de movilidad social. La migración de mexicanos a Estados Unidos no se detuvo con el TLCAN, sino que de hecho se incrementó.

Alejandro Chanona contribuye con el capítulo “Las relaciones entre Estados Unidos y la Unión Europea durante la administración de Donald Trump. Viejos consensos y nuevos disensos”. Históricamente Estados Unidos y los países miembros de la Unión Europea (UE) han mantenido relaciones estrechas. Esta vinculación transatlántica se ha sustentado en visiones del mundo y valores compartidos respecto del orden liberal: la democracia, la libertad de los mercados y el área común de seguridad protegida a través de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), son algunos de estos referentes. Sus relaciones económicas y financieras son robustas, representan alrededor del 50 por ciento del producto bruto global (Comisión Europea, 2018), por lo que el inicio de las negociaciones abrió grandes expectativas sobre la consolidación de una gran área económica frente a las economías en ascenso, como China.

En este ensayo su autor analiza la complejidad de las relaciones entre Estados Unidos y la UE a partir de las dinámicas de confianza-desconfianza que comenzaron a recrearse desde la propia campaña electoral estadounidense entre el presidente Trump y sus contrapartes europeas. Se hace un recuento de los principales rasgos de la relación transatlántica, poniendo el énfasis en las características que le dieron sentido y fortaleza desde el fin de la segunda guerra mundial a partir de valores compartidos y una amplia relación económica y de cooperación. Finalmente, se aborda la relación a partir de la presidencia de Donald Trump, centrándose la atención en los consensos y disensos entre ambos actores en temas como el libre comercio, y la seguridad y la defensa en el marco de la OTAN.

En su texto, “Las relaciones entre la República Popular China y Estados Unidos: ¿hacia una asociación estratégica?”, María Cristina Rosas analiza históricamente la relación China-Estados Unidos con el objetivo de destacar

los acontecimientos más relevantes que han marcado el rumbo de esa relación, los cuales datan del incipiente comercio entre el recién independizado Estados Unidos y llegan hasta los actuales desencuentros económicos liderados por Trump.

Se destaca la construcción de las *relaciones estratégicas de China* con algunos socios de singular relevancia en el contexto internacional como, por ejemplo, Rusia, Japón, la Unión Europea e India. Se analiza, asimismo, su adhesión a la Organización Mundial del Comercio (OMC), que permitió su acceso a los mercados internacionales, y con ello desplazar a potencias comerciales tradicionales como Estados Unidos, Japón y la Unión Europea.

Aun cuando subsiste una rivalidad estratégica entre Pekín y Washington, resulta evidente que ninguno de los dos países desea una confrontación directa. Por parte de la República Popular China, desde los años ochenta la dirigencia del país ha enfatizado la promoción de una política exterior de paz. Los chinos apuestan al desarrollo de relaciones armónicas o, por lo menos, menos hostiles con el mundo dado que, de otra manera, una situación tensa podría frenar su prosperidad económica y el acceso a los mercados y a los recursos estratégicos que crecientemente requieren para su desarrollo.

En lo que toca a Estados Unidos, el arribo de Donald Trump a la Presidencia marca un desafío a las pretensiones de Pekín, debido a los desencuentros crecientes entre ambos países, más por la pretensión del pintoresco empresario de *hacer grande a Estados Unidos otra vez* sobre la base del nacionalismo económico, el proteccionismo y una política exterior y comercial punitiva y de *detachment* respecto del curso de los acontecimientos globales, que por lo que la República Popular China haga o deje de hacer. Vale la pena preguntar, entonces, si existen las condiciones para que China y Estados Unidos puedan transformar la creciente confrontación imperante en una genuina asociación estratégica, y de no ser posible, reflexionar acerca de los costos que los desencuentros entre ambos colosos traerían aparejados.

En el capítulo “Desigualdad y pobreza: avatares del siglo XXI”, José Ignacio Martínez Cortés analiza el papel de la pobreza en el siglo XXI como elemento intrínseco de la globalización. Destaca que las desigualdades se explican, en primer término, por una vertiente nacional que encuentra su complemento en lo internacional, y que se refuerza a partir de las dinámicas de las interdependencias transnacionales. Las desigualdades tienen fuertes implicaciones sobre el desarrollo humano y la sostenibilidad global.



Además, se argumenta que es importante combatirlas debido a que es esencial preservar unos estándares de cohesión social que garanticen el progreso y la igualdad de oportunidades ya que, a largo plazo, las desigualdades merman las posibilidades de desarrollo económico de un país. A partir de determinados niveles, la brecha social aparece también como uno de los más serios obstáculos para la propia recuperación económica.

Esta nueva pobreza tiende a debilitar a la democracia y a profundizar la fractura social, elevándose con ello la desigualdad, así como a afianzar a las elites excluidas de este grave problema social impulsado por la caída de la producción mundial, todo lo cual pone en riesgo la gobernabilidad y, por ende, estimula el aumento del déficit democrático, arriesgándose, por ello, la permanencia de las libertades y, en consecuencia, del estado de derecho. Todo esto es producto del aumento de las desigualdades, de la indiferencia, y de la defensa de los privilegios, ya que a los desempleados no solamente se los excluye del mercado, sino que también sus derechos sociales se enfrentan a un profundo desafío, pues no gozan de la seguridad social que les brindaría el empleo formal, ámbito en el cual el Estado busca reducir cada vez más el gasto, provocando por lo tanto una fractura al interior de la sociedad, y permitiendo, por ende, una circunstancia de inestabilidad en donde conviven la extrema riqueza y la extrema pobreza.

Ariadna Estévez escribe “La lucha por la vida frente al necropoder estadounidense”, ensayo en donde explica que el estilo personal del presidente Donald Trump podría definirse como el de un patán: es misógino, racista, xenófobo y clasista, por decir lo menos. Sin duda este estilo rebasa lo anecdótico, porque es justo su personalidad lo que exagera la política y los intereses fascistas que lo llevaron al poder, respaldado en una construcción social e ideológica y en una utilización del derecho que produce muerte y socava los derechos civiles, tan constitutivos de la identidad y del excepcionalismo de ese país. La personalidad patanesca del presidente, junto con los intereses fascistas y el uso y abuso funcional del derecho en detrimento de los derechos civiles de las minorías es lo que se denomina en este texto el “necropoder estadounidense”, el cual se analiza *vis à vis* uno de los grupos más afectados por su política de muerte y más representativos de la lucha legal por la libertad: la comunidad afroamericana.

Desde que Trump estaba en su campaña política en 2016 y, más adelante, cuando asumió la Presidencia en 2017, se ha conducido de forma racista

hacia los afroamericanos, mediante el uso frecuente de estereotipos y enunciados degradantes y ofensivos. Expresiones tales como que los inmigrantes africanos viven en chozas; que los afroamericanos son todos drogadictos, pobres y desempleados; que los jugadores de la liga de fútbol americano (NFL) que alzan el puño en señal de protesta por el racismo sistémico del que son objeto no aman a su país, son asunto de todos los días, pero no sólo eso, sino que se han tomado medidas legales no nada más para estigmatizar a la comunidad afroamericana sino para criminalizarla aún más.

Para desarrollar este argumento, la autora explica primero qué es el necropoder y cómo debería entenderse en el caso de Estados Unidos, bajo el liderazgo de Trump. Luego describe cómo el necropoder estadounidense instrumentaliza el derecho mediante la facultad de decidir sobre la muerte. Finalmente, se concentra en caracterizar las particularidades de la lucha por la vida frente al necropoder, desde la comunidad afroamericana, en dos frentes: la lucha digital e interseccional por la vida, y la lucha cultural.

“¿Unilateralismo o multilateralismo? El dilema estratégico de los polos de poder en el escenario internacional” es el nombre del capítulo que entregó para este libro Esmeralda García Ladrón de Guevara. En él, la autora argumenta que en los últimos tiempos el multilateralismo ha tenido algunos reveses en las esferas políticas, económicas, medioambientales y de seguridad y que no se encuentra en su mejor momento. La administración de Trump ha revirado hacia el unilateralismo de antaño, por lo que se han truncado los esfuerzos colaborativos de la política exterior de Estados Unidos de inicios del siglo XXI.

La postura pública de rechazo hacia algunas organizaciones multilaterales como la OTAN y sus aliados, la percepción de que son “enemigos” algunos miembros de la Unión Europea, los desacuerdos con la Organización de las Naciones Unidas (ONU), así como las amenazas de abandonar varios de sus organismos especializados, además de los continuos conflictos con la OMC, las posturas agresivas ante regímenes comerciales tales como el Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica (Trans-Pacific Partnership, TPP), y la dureza que exhibieron en la renegociación de los acuerdos de libre comercio en América del Norte, adicionalmente a su falta de apoyo a los esfuerzos contra el cambio climático, la asistencia a refugiados, los acuerdos de no proliferación de armas nucleares, las acciones para fomentar el desarrollo internacional y los gestos deferentes hacia el líder ruso Vladimir Putin, generan

suposiciones en dos sentidos: 1) el inicio de una oleada de inestabilidad internacional y 2) un cambio global de la radiografía del poder.

La autora se propone encontrar el sentido estratégico del multilateralismo y sus efectos en el poder de los Estados, para luego trazar las cualidades de un multilateralismo ideal bajo los principios liberales. También incursiona en la implementación de la teoría de juegos para la evaluación de los efectos de los “lateralismos”. Finalmente, orienta su investigación al desarrollo de modelos racionales que permitan considerar el dilema entre unilateralismo y multilateralismo de los países líderes del escenario internacional.

Con su texto “La nueva gobernanza internacional del cambio climático bajo el Acuerdo de París: Estados Unidos, China y la Unión Europea”, Andrés Ávila Akerberg cierra las contribuciones a este esfuerzo editorial y de investigación. En su ensayo busca analizar cómo la gobernanza internacional del cambio climático ha cambiado a la luz del nuevo acuerdo global que rige a las naciones a partir de 2020. En específico, estudia los casos de Estados Unidos, la Unión Europea y China.

En primer lugar, describe los principales elementos del Acuerdo de París para comprender cuáles son los lineamientos que rigen a las partes que lo ratificaron y destacar la participación de los países desarrollados y los que están en vías de desarrollo conjuntamente. A continuación, analiza el caso de Estados Unidos, históricamente renuente a participar en los trabajos en materia de mitigación del cambio climático, pero que mostró un giro importante durante la administración de Obama; sin embargo, con la llegada de Trump se produjo el retorno a la postura que no suscribe el principio precautorio.

Este autor también reflexiona acerca del caso la Unión Europea, región que en general ha sido congruente en su postura de contribuir a un mundo con emisiones de gases de efecto invernadero reducidas, pero que también ha sufrido cambios importantes recientes, incluyendo la salida de la Gran Bretaña y sus posibles consecuencias. Por último, se adentra en la situación de China, país que con el nuevo régimen global —y dada la posición de Estados Unidos con Trump— parece jugar un rol más proactivo y de liderazgo en este ámbito.

## Fuentes

COMISIÓN EUROPEA

2018 “Acuerdo Transatlántico sobre Comercio e Inversión”, en <[http://ec.europa.eu/trade/policy/in-focus/ttip/about-ttip/index\\_es.htm](http://ec.europa.eu/trade/policy/in-focus/ttip/about-ttip/index_es.htm)>, consultada en julio de 2018.

HALPER, STEFAN y JONATHAN CLARKE

2007 *The Silence of the Rational Center. Why American Foreign Policy Is Failing*. Nueva York: Basic Books.

ZAKARIA, FAREED

2019 “The Self-destruction of American Power”, *Foreign Affairs* 98, no. 4: 10-16.